

CAPÍTULO I. *De cómo en el ánimo del hombre hay un principio natural que le inclina a buscar a Dios, aunque no con acto distinto sino confuso*



PARA HABER DE SEGUIR ESTA MATERIA (cuyo argumento está propuesto en el principio de este libro) es cosa muy necesaria comenzar por las razones fundamentales que hay para probar cómo el hombre está obligado, por ley natural y por impulso propio del ánimo, a buscar a Dios para adorarle y reconocerle por Señor del ser intelectual y humano que tiene; y de aquella admirable y prodigiosa trabazón del cuerpo y alma de que está compuesto, diferenciándose de todas las demás criaturas que son obras de sus manos soberanas, así angelicales como irracionales, participando con todas como el medio entre dos extremos, siendo intelectual y dotado de razón, como el ángel y animal sensitivo y vegetativo, parecido al irracional y plantas, como dice San Gregorio.

Siendo pues el hombre hechura de las manos de Dios, no lo dejó tan desnudo de favores que no se los comunicase muy a manos llenas, criándolo a su imagen y semejanza (como se dice en el *Génesis*).¹ Y no se contentó la divina majestad de Dios con haberle dado el ser de naturaleza que tiene y haberle hecho a su imagen y semejanza, criándolo en gracia y en lo más pacífico de su amistad, sino que lo crió para sí y se constituyó y dedicó a sí mismo para fin último del hombre; al cual quiso con su propia visión beatificar liberal y graciosamente sin que el hombre, para haber de recibir esta tan singular merced, obligase de su parte a Dios, para que así se le comunicase, que es lo que dijo Job.² Señor, ¿quién es el hombre que así le magnificáis y engrandecéis? Como si dijese: ¿por ventura, hubo de su parte alguna razón que os obligase a que pusiédes en él vuestro corazón? No la hubo, ni pudo haber; porque lo que no era, no podía obligar antes de ser; tampoco después de hecho y criado, pues que no precedieron méritos para la creación; luego graciosamente recibió el hombre este bien tan grande y beneficio tan señalado y crecido. Pues habiendo criado Dios al hombre para sí y para que como a centro propio y verdadero suyo se fuese, era necesario dársele a conocer y poner en él algún impulso, para que vencido de él se obligase el hombre a buscar aquel Señor que lo es de su creación y ser; y conocido por él lo amase y sirviese, que es el fin último que de nosotros pretende Dios al hombre para que le conociese, y conociéndolo lo amase, y amándolo lo poseyese, y poseyéndolo lo gozase.

¹ Gen. 6, 3.

² Job. 7, 17.

Siendo pues éste el fin para que Dios crió al hombre, puso su majestad santísima en él una lumbre natural e intelectual que es el entendimiento, para que con él le conociese (no clara y distintamente y como es conocido por fe, sino con un conocimiento confuso, según su finita y determinada capacidad) y juntamente crió en él un ímpetu que por otro nombre se llama apetito o inclinación natural de conocer que hay Dios y criador y que debe ser buscado para ser servido y adorado como Dios único y Señor universal de todas las cosas criadas, en cuyas manos está el ser y vida de todos, por ser el principio del ser y esencia de toda criatura; por razón de que todas las cosas criadas tienen natural inclinación, apetito y deseo de ir a su fin, como a principio que es de su subsistencia en el ser de naturaleza; y esto, con un arrebatado y acelerado ímpetu, en cuanto le es posible; porque, por la lumbre impresa en el alma conoce el hombre que hay Dios, y por el apetito le busca y desea hallarle y servirle cuasi atinando el alma que toda su nobleza y excelencia y su final descanso y bien beatífico no consiste en otra cosa sino en ese mismo Dios que la crió y hizo de nada. Y así nuestra ánima (según opinión de Platón), luego que de la mano de Dios es criada, por este natural y cierto movimiento se vuelve a él como a su criador, a modo de hija amorosa, de puro deseo de ver a su padre, como ni más ni menos el fuego, que en la tierra es encendido por virtud de los cuerpos superiores, procura encaminar su llama, en cuanto puede, hacia lo alto. Así nuestra ánima, que con infinito natural se siente criada divinalmente, se vuelve hacia esta divinidad y la desea y la adora; y por esto ninguna gente hubo, ni hay que no crea haber quien mereciese ser temido, adorado y servido, a quien llamaron Dios. Esto quiso sentir Iamblico, filósofo, diciendo, que cierto fuego divino viene a herir a nuestro ánimo, de que se le sigue al hombre un natural apetito del amor de Dios. Por lo cual, queriendo muchos seguir esta opinión, dijeron aquella fábula: que Prometheo descendió y trajo el fuego divino del cielo, con el cual dio ser y vida al hombre que formó de barro. De este natural fuego, de que Dios (entendido por Prometheo) formó al hombre, sale la causa; porque cuando alguna cosa nos sucede, de bien u de mal súbito, antes que hagamos otra consideración alguna, lo primero que hacemos es alzar los ojos al cielo, juntando las manos, como que naturalmente el hombre entiende y siente que de lo alto sucede y se deriva todo y se inclina a dar gracias al que lo envía, que son efectos de adoración, y de que hay Dios a quien temer y amar.³

Por esta lumbre natural impresa en el ánima (que es el entendimiento) no podemos conocer más de que hay Dios, a quien los hombres están obligados a adorar y servir como a verdadero criador y señor de todo; pero que sea uno o muchos no se puede luego fácilmente alcanzar por razón natural, por causa de que excede este conocimiento a toda nuestra capacidad en infinita manera; por cuanto Dios, que es el que ha de ser conocido, es infinito; y el hombre, que es el que ha de conocerle, finito y de corta y limitada capacidad; y por esta distancia infinita no hay cosa más apartada

³ Lact. 6. I. cap. 2. Cicer. lib. 2. de Nat. Deorum in princip.

y alejada de nuestro conocimiento que el de Dios; y por esto decimos que el conocimiento que alcanzamos, por ley natural de su majestad santísima, es muy corto, limitado y confuso; y juntamente afirmamos la dicha inclinación en el hombre, con la cual se inclina a buscar (aunque confusamente) a este Dios y criador, a quien tanto debe. Lo cual confirma Santo Thomás⁴ diciendo: que por la lumbré natural, impresa en nuestras almas, fácilmente puede el hombre venir en algún conocimiento universal y confuso de Dios. Y lo declara de esta manera: que viendo los hombres las cosas naturales correr y perseverar con certeza y ordenadamente, siendo verdad que esta certidumbre y buen orden no puede ser sin que haya ordenador que las rija y ordene, es fuerza que conciban los hombres (por la mayor parte) que hay alguno que las gobierna, rige y ordena; pero quién sea o cuál sea, o si es uno o si son muchos los que estas dichas cosas disponen y ordenan, no luego lo pueden conocer por solo este natural y universal conocimiento, por ser, como es, confuso. Así como cuando vemos algún hombre moverse y hacer algunos actos vitales, concebimos haber causa cierta de aquel movimiento y operaciones, las cuales las otras cosas vegetativas, como es un árbol y la piedra, no la tienen, la cual causa llamamos ánima; pero no sabemos qué cosa sea ánima, si es cuerpo o no, ni tampoco cómo hace aquellas operaciones vitales. Esto dicho es de Santo Thomás,⁵ en el lugar citado, y en la primera parte de su *Suma* dice lo mismo, probando que esta proposición, haber Dios, no es por sí misma conocible en cuanto a nosotros y a nuestro entendimiento, sino en una manera confusa y común; y esto no es conocer clara y distintamente quién o cuál sea Dios. De la misma manera que conocer a una persona que viene de lejos no es conocer que sea Pedro, aunque sea él mismo el que viene, porque éste es conocimiento confuso; y por esta causa es muy necesaria la demostración de los efectos de las cosas criadas y más conocidas de nosotros, las cuales nos den a conocer quién o cuál sea Dios; y esto no pertenece a todos, sino a los filósofos y por discurso de tiempo; y así se ve que Aristóteles, para hallar a Dios, por solo rastros y movimientos naturales, no trabajó poco, haciendo ocho libros de físicos, hasta llegar a hallar un movedor que no se movía; y compuso también doce o trece libros de metafísica y yendo discurrendo de substancia en substancia y de causa en causa, hasta llegar a hallar que Dios era la primera causa de todas las causas; que era el summo bien inteligible que trae a sí todas las cosas criadas por vía de apetecible y desiderable; el cual es puro acto inmaterial e inmóvil, cuya vida es su entender, su querer y voluntad; de quien toda naturaleza de todas las cosas, en su ser, depende; en cuya contemplación consiste toda la bondad y suma delectación; de quien el mismo Aristóteles (después de tanto estudio y trabajos, y habiendo alcanzado por este conocimiento dicho que había Dios y habiendo conocido que debía tener tantas maravillas y excelentes propiedades y condiciones) dicen que dijo: *Inveni te primam causam, fac me tibi placentem*. De manera que haber Dios o alguna suprema causa que gobierna el mundo,

⁴ Div. Thom. lib. 5. Contra Gent.

⁵ Div. Thom. 1. p. q. 2.

se conoce confusamente con conocimiento confuso y no distinto; y la lumbré con que se conoce está en el hombre, con la cual se inclina a buscarle como a su propio fin y centro; pero cuál sea o qué propiedades y excelencias tenga y le convenga, si es uno o si son muchos dioses, no se puede saber ni conocer, sino por la lumbré de la fe; y algo de ello después de mucho y largo estudio y demostración, como la que alcanzó Aristóteles.

CAPÍTULO II. *Donde se prueba haber Dios al cual el hombre, naturalmente, se inclina*



BIEN PUDIERA BASTAR LO DICHO en el capítulo precedente para quedar suficientemente probado este conocimiento natural que hay en el hombre para conocer a Dios confusamente pero, para mayor fuerza de nuestro intento, me parece referir autores sabios y hombres doctos que han tratado este mismo argumento y dado muchas y muy fuertes razones para absolverle, entre los cuales, el primero que se me ofrece es Tulio,¹ el cual dice así: haber Dios, ninguno lo niega y todos lo conocen confusamente por la lumbré natural; pero cuáles y cuántos sean los dioses no se sabe de cierto; por lo cual son varias y diversas las opiniones que de esta materia ha habido entre los filósofos. Y en el libro primero de las *Cuestiones tusculanas*, dice él mismo: no hay nación tan bárbara que no sepa que hay Dios. Y en el primero *De leyes* dice lo mismo, aunque por otras palabras. Y en el lugar arriba señalado introduce, el mismo Tulio, al filósofo Cleantes, que fue entre los estoicos señalado en el reino de Troya; el cual puso cuatro causas o razones para probar aqueste conocimiento de Dios, confuso, ser naturalmente impreso y esculpido en las ánimas de los hombres, de donde concluye haber Dios a quien el hombre se inclina naturalmente para amarle y adorarle como a supremo hacedor de todas las cosas.

Una de las razones de este excelentísimo filósofo, es haber agoreros y adivinos que adivinaban por agüeros de aves; la cual arte de adivinar tenían los gentiles por divina; por cuanto estos dichos agoreros o adivinos decían las cosas por venir, de lo cual inferían que aquellas cosas que los tales adivinos decían no llegaran a debida ejecución, ni fueran verdaderas si no hubiera Dios; que lo que ellos afirmaban él lo ejecutaba y cumplía, por tenerlos como los tenían por intérpretes y declaradores de la divina voluntad; y hacían este argumento. Éstos dicen esto y sucede así, luego Dios hay que se lo manifiesta y declara, cuyos intérpretes y ministros son; lo cual no aconteciera si no hubiese Dios que lo cumpliese y ejecutase; y por esta causa es fuerza confesar que hay Dios, porque cuyo es algún intérprete o consejero, necesario es que aquel tal esté en el ser de naturaleza; éstos son intérpretes de otro; luego este otro que concedemos es Dios, el

¹ Ciccer. lib. 2. de Nat. Deorum.